



Concurso Literario

2023

Cuento y ensayo



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Medicina



Concurso Literario

2023

• Cuento y ensayo •

Facultad de Medicina
Universidad de Antioquia

© Facultad de Medicina Universidad de Antioquia
ISSN: 2346-0210
Hecho el depósito legal
Concurso Literario Facultad de Medicina 2023
Cuentos y ensayos. Ganadores y menciones

Coordinación del Concurso: Yésika María López Ramírez
Coordinación editorial: Omaira Bustamante Restrepo
Decano: Pablo Javier Grajales Patiño
Vicedecano: Olga Francisca Salazar Blanco
Organiza: Comité Cultural de la Facultad de Medicina
Juan David Castro Quintero
Jefe Oficina de Comunicaciones
Yuri Viviana Cano Sánchez
Coordinadora Bienestar y Cultura
Yésika López Ramírez
Gestora Cultural
Diseño de la cubierta: Isabel Díaz
Diagramación: Imprenta Universidad de Antioquia
Primera edición: enero de 2024

Hecho en Colombia / Made in Colombia
Prohibida la reproducción sin autorización de la Facultad de Medicina
de la Universidad de Antioquia

Oficina de Comunicaciones de la Facultad de Medicina
Teléfono: (+57) 4 219 60 49
Dirección electrónica: comunicacionesmedicina@udea.edu.co
Dirección postal: Carrera 51D N.º 62-29 Medellín, Antioquia

Imprenta Universidad de Antioquia
(+57) 4 219 53 30
imprenta@udea.edu.co

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia.

Contenido

Acta del Jurado.....	7
Presentación	
Robinson Quintero Ossa	11
MODALIDAD CUENTO	19
Primer puesto	
Última carta	
Laura Sofía Loaiza García.....	21
Segundo puesto	
“Era...”	
Luis Miguel Robles Barbosa	25
Mención	
Burbujas	
Aleida Burgos Ortega	31
Mención	
Laberinto de sombras	
Ingrith Milena Quintero Rincón	39

MODALIDAD ENSAYO.....	43
Primer puesto	
La poesía del desorden y el origen del arte	
Andrés Felipe Soto Rojas	45
Segundo puesto	
La moda del raudo	
Claudia Lorena Ramírez Franco	50
Mención.....	56
¿Y dónde quedaron nuestros bellos ideales soñados?	
Edwar Andrés Berrío Ramos.....	56
Reseña de los autores	61
Autores y obras participantes en el concurso	69

Acta del Jurado

A los 18 días del mes de octubre de 2023 se reunieron los miembros del jurado del Concurso Literario Facultad de Medicina 2023 –Universidad de Antioquia–, Luis Felipe Gómez y Diego Espíndola Fernández, en la modalidad de cuento, y Luis Germán Sierra y Rosmira Marín Cardona en la modalidad de ensayo, para deliberar sobre los ganadores y posibles menciones. Después de considerar y discutir sobre los aciertos, calidades, temáticas, riesgos, poéticas, originalidades y estilos de los 45 cuentos y 15 ensayos aceptados, los jurados decidieron premiar por unanimidad los siguientes textos:

Modalidad cuento

Primer puesto: “Última carta”, firmado con el seudónimo “Aural”, correspondiente a Laura Sofía Loaiza García, con C. C. 1007427442. Es el cuento ganador porque a través de un mensaje contundente logra remover las emociones, empatía y severidad de una condición de la esfera mental del personaje, a tal punto que evoca una pérdida de la agencia que desembocará en un desenlace fatal. La escritora emplea figuras literarias y una narración elocuente, por

lo que el estilo epistolar logra un objetivo conmovedor y reflexivo. Máxime en un contexto de vulnerabilidades de salud mental, por lo que los jurados consideran que este texto debe publicarse con todas las recomendaciones para la prevención del suicidio, en promulgación del efecto Papageno y evitación del efecto Werther, directrices recogidas de la Organización Panamericana de la Salud y la Organización Mundial de la Salud.

Segundo puesto: “Era...”, firmado con el seudónimo “Eterno testigo”, correspondiente a Luis Miguel Robles Barbosa, con C.C. 1103497271. Es reconocido en segundo lugar porque a través de una narración trepidante, involucra recursos estilísticos bien logrados con una descripción psicopatológica enriquecida, en la que propone la distorsión de una realidad que el personaje va desenvolviendo con avidez y ritmo dramáticos que se decantan en un final inesperado.

Cabe mencionar que los textos presentados proponen temáticas amplias, de las cuales se debe reconocer la salud mental como un tema frecuentado por los autores, además de las vulnerabilidades sociales de la población marginal como una preocupación inmersa en la narrativa de los textos propuestos. Menciones: se otorgan dos. A “Burbujas”, firmado con el seudónimo “Misfit”, correspondiente a Aleida Burgos Ortega, con C.C. 1085343317, y “Laberinto de sombras”, firmado con el seudónimo “Mile”, correspondiente a Ingrith Milena Quintero Rincón, con C.C. 1091652854.

Modalidad ensayo

Primer puesto: “La poesía del desorden y el origen del arte”, firmado con el seudónimo “Ovidio”, correspondiente a Andrés Felipe Soto Rojas, con C.C. 1075224334. Es la obra ganadora porque arriesga un punto de vista personal acerca de las verdades de las mentiras,

es decir, de las obras de arte. Toma las del artista de Países Bajos, Escher, y las del alemán Bach, como ejemplo. Verdades dichas por medio de sus obras de arte. Las verdades del arte están dichas en confrontación con las actuales falsedades, da a entender el autor en el ensayo. Las de la política y las de la sociedad. Y las del mal arte, por supuesto. Otro elemento novedoso del texto es la reivindicación del caos como método del conocimiento, como planteamiento del arte. Está bien escrita, tiene buena ortografía y buena redacción. Hay algunos detalles formales de los cuales se encargará la corrección de textos.

Segundo puesto: “La moda del raudo”, firmado con el seudónimo “María Antonia Turing”, correspondiente a Claudia Lorena Ramírez Franco, con C.C. 017246048. Es merecedor del segundo puesto porque en el ensayo critica la rapidez que impera en los momentos actuales. Producto de ello se aprobó el Brexit en Gran Bretaña, por ejemplo, y se votó el NO en la consulta por la paz en Colombia, dice. Elogia, entonces, la paciencia. Trae al comienzo el caso interesante de un juicio en apariencia fácil de resolver. Un caso que pone en entredicho la rapidez y el facilismo. La creatividad, dice, requiere paciencia. Y su lenguaje, en ocasiones, es poético. Tiene buena redacción, en general, y buena ortografía. De los detalles por corregir ya se ocupará la corrección de textos.

Se otorga una mención a: “¿Y dónde quedaron nuestros bellos ideales soñados?”, firmado con el seudónimo “Berrío”, correspondiente Edwar Andrés Berrío Ramos, con C.C. 1053780130.

El jurado en primer lugar agradece a todos los participantes que hicieron parte del concurso, como perpetuación de un legado que por varios años ha pretendido exaltar la literatura como una forma de expresión primordial de la comunidad de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. La formación integral transita por estas contiendas culturales, y celebra la relevancia de

la creatividad como un valor que merece cultivo, divulgación y exaltación. Ahora que la sociedad demanda integridad y coherencia en favor del bienestar común para la resolución de retos globales, la medicina busca y ofrece respuestas que deben guiarse siempre por la reflexión, el discernimiento y la sensibilidad que tan naturalmente transmite el arte. La literatura y la medicina caminan de la mano; se relata lo cotidiano, se escribe sobre la experiencia, la historia, la vivencia, la anécdota, los recuerdos: la humanidad.

Hoy que se alerta sobre una crisis de la narración, de una crisis de tantas otras instancias, es indispensable aplaudir el talento de quienes desean contar sus historias a través de la palabra y una grandiosa oportunidad para incentivar su papel y preponderancia. Como dice utópicamente Irene Vallejo en su libro *El infinito en un junco*: “La literatura ha sido la salvación de los condenados, ha inspirado y guiado a los amantes, vencido la desesperación, y tal vez en este caso pueda salvar al mundo”.

Para constancia se firma este documento el día 18 de octubre de 2023.

Jurados modalidad cuento,

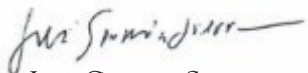


Luis Felipe Gómez
C.C. 71606486



Diego Espíndola Fernández
C.C 1017199178

Jurados modalidad ensayo,



Luis Germán Sierra
C.C. 8396036



Rosmira Marín Cardona
C.C. 39439711

Presentación

Robinson Quintero Ossa

1

“Última carta”

En este relato, ganador del Concurso de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia 2023, alguien escribe una carta de despedida antes de cortar su vida por mano propia, unas palabras destinadas a un amante que es indolente a su situación de quiebre, pues este nunca contesta a las misivas que piden una respuesta que con ella brinde el buen alivio. Lo interesante de la trama es que el lector queda con la sensación de que quizá la “Última carta” no es la última carta y que el personaje para quien la vida empezó a perder sentido, antes de volarse los sesos, escribirá una carta más, una carta como tantas que en el pasado escribió con la certidumbre de que era la postrera, la definitiva y que, sin embargo, no lo fue porque su escritura, de algún lenitivo modo, aplazó el impulso desesperado, le dio sentido al sinsentido. Tal vez sea esta sugestión lo que más impresiona del cuento, comprender que, en medio de la desazón de

la existencia, de la insipidez de la rutina, del malestar espiritual y la ausencia de convicción, el personaje mantenga la intención de contar, de transmitir su desconcierto y sin salida, de tomar un segundo aliento. Aquí se habla de la escritura como un recurso para la descomprensión de un estado anímico límite que oprime, del lenguaje como un instrumento liberador que descongestiona, que atenúa el sinsabor que, como dice el relato, “se traslada a todo [lo que toca]”. Pero el cuento también señala un contexto, la vulnerabilidad de la salud mental, la idealización del suicidio, el trastorno mixto de ansiedad y depresión, las perturbaciones de adaptación y la esquizofrenia; y señala un país, sus siniestras tasas de autoeliminación, su entorno violento, y junto con estos factores, su “insignificante ideal del progreso”, que también conlleva el aturdimiento y la decepción. Sí, de pronto, en el cuento de Laura Sofía García, la “Última carta” no es la última carta, la indiscutible. Ojalá que así fuera. Al fin y al cabo, como dejó insinuado Jorge Luis Borges, los suicidas no son más que gente impaciente.

2

“Era...”

El personaje del cuento “Era”, ganador del segundo puesto del Concurso Literario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia 2023, tiene una pesadilla, una alucinación que inicia con una simple “sombra en el suelo” y después se convierte en una “mancha con vida propia”. En principio, la sombra es una figura estática e inexpressiva, pero luego toma movimiento y expresión y se torna incluso invasiva, a tal punto que el personaje del relato siente que usurpa su identidad, el timbre de su voz, su estampa en el reflejo del espejo y por igual sus miedos y preocupaciones, todo lo que tiene de negativo y abyecto, impresión que no es más que una ilusión, un delirio nocturno, pues esa sombra no es más que su idéntico, o como

diría el ya citado Jorge Luis Borges, “el otro, el mismo”. El tema del doble que se presenta en la noche, vestido de sombra, es el tema del alma angustiada, de la personalidad cortada en dos, recurrente en la literatura clásica y moderna (por ejemplo, en “El doble” de Dostoievski, “El monje negro” de Chéjov, el “Mozart y Salieri” de Pushkin, el “Hombre negro” de Sergéi Esenin) y es también el asunto de entornos y tiempos que, como los nuestros, propician la distorsión y la fragmentación, el horror ante la realidad incomprensible y la confusión mental. Así, de alguna manera, como lectores y como individuos, como participantes de esta anomalía contemporánea de ascendencia también anómala, el doble que asalta el delirio del personaje del cuento de Luis Miguel Robles puede llegar a ser también nuestro doble, nuestro espejo, nuestro yo que se desdobra intentando discernir el misterio de nuestra existencia, su consciencia dolorida. Esta es la asombrosa impresión que deja la lectura, en la que el terror del personaje no nos es ajeno ni prescindible, pues va más allá de su individualidad y toca la condición plural de nuestra vida. Por eso, bien valdría la pena preguntarnos cada noche, ante la retardora aparición de ese doble: ¿quién es él?, ¿qué hay de él en nosotros? ¿Lo sabe usted?

3 “Burujas”

El personaje que narra en “Burujas” no puede pensar con claridad y trastorna su cabeza una impresión que es borrosa y también dolorida: no saber a dónde va, no tener un punto sostenible, sentirse encerrado en una burbuja, al azar de los acasos. Sin control de sí mismo, choqueado en su encerramiento, le es difícil sostener una conversación con las internas del hospital mental donde recibe tratamiento: está mudo ante su desconcierto, ante la rutina de su medicación, ante los relatos perturbadores de quienes lo acompañan en el diario del

sanatorio. Su malestar y su dependencia, su desapego de la vida, su silencio cerrado, provienen de la sensación de que nadie le presta atención ni le devuelve reconocimiento, proviene de las secuelas de su adicción, de paranoias que lo ponen mal de la cabeza. Aquí no importa si este personaje es adolescente o adulto, si procede de un estrato vulnerable o pudiente, si es hombre o mujer —aunque en el caso del relato de marras se precise que es un centro de rehabilitación para mujeres drogadictas—, pues lo que transmite el pulso de la escritura es un malestar total, esencialmente humano, que trasciende géneros: la corrupción que demacra a toda una sociedad. El texto de Aleida Burgos es, además de una descripción de los achaques emocionales y mentales de nuestro entorno, una alegoría de la voluntad de comunicar, pues el acto de la escritura es para quien escribe un rito de purificación, de purga, así como lo es para las recluidas en el sanatorio las tardes charladoras, el grato momento de la conversación: “Lo más terapéutico de cada día era escuchar hablar a las demás”. Y esta parece ser la conclusión que nos desea transmitir Aleida, que contar, que escribir, destraba la opresión.

4

“Laberinto de sombras”

El cuento de Ingrith Milena Quintero sucede en un escenario de terror: una nube que bloquea la luz del sol, un laberinto de corredores interminables, el ruido del silencio y el miedo y, de pronto, en una sombra del suelo, una carta, una advertencia: “La ciudad está amenazada por una sombra oscura que se cierne sobre ella, y solo una acción drástica puede salvarnos”. Y con la advertencia, un mandato siniestro: “Adjunta a esta carta, encontrarás un mapa con la ubicación exacta. Debes plantar la bomba tal como se describe”. Y lo que en principio parecía ser una trampa de la mente, un engaño del mal sueño, pasa a convertirse en una mortificante pesadilla que

se repite, un desvarío angustioso e insoportable que no tiene fin, que se manifiesta en el delirio de las alucinaciones nocturnas y en las verosimilitudes de la realidad más concreta: hasta allí llega su marca. Y es tan recurrente esta impresión, tan imperiosa, que el lector no distingue si lo que es sueño es realidad y lo que es realidad es sueño. La pesadilla no da tregua, no ofrece pausa, es siempre la misma, es somnolencia y vigilia, fantasía y realidad; la pesadilla, su sugestión, su enfermedad. Esta insistencia es tan abrumadora, tan contundente, que como lectores nos concierne y llegamos a preguntarnos si en verdad estamos dormidos, si en verdad estamos despiertos.

5

“La poesía del desorden y el origen del arte

Andrés Felipe Soto nos dice que en el origen de las más singulares obras de arte se agita una tormenta de la que vemos su estruendo, sus ventarrones furiosos y aguas tempestuosas, es decir, el caos, lo incomprensible, pero que, dentro de ese aparente desorden, en ese arrebato de cosas desencontradas, si descubrimos bien, hay un juego de proporciones, una estructura y una dinámica, es decir, un orden, pero un orden subversivo, que no se ajusta a normas ni cánones y que pone en revisión la supremacía de un discurso, de una forma rutinaria de ver la vida; una tormenta confusa, retomando la comparación, que es en comienzo indescifrable y que, remarca el autor, cuando la contemplamos, “estalla el miedo del abismo existencial que quieren taponar las reglas”. El autor sustenta con esta metáfora su tesis de que las creaciones inmejorables, las que destacan por su autenticidad, estimulan sus visiones desde una aparente incoherencia que luego, de acuerdo con la interpretación de quien capta ese desconcierto, según la imaginación de quien recrea, es revelación, pero una revelación que tiene como anterior una caída, una indisposición, un no tener

piso. El artista, y nosotros, los que interpretamos, no vemos, entre-vemos en medio de ese supuesto desorden. La mirada del ensayista vislumbra en buena parte en el arte moderno, el arte nuevo, en ese que distorsiona la realidad imperante, que no la copia con exactitud, que une sus fragmentos dispersos, y comparte confidencias con lo que dejó escrito Rimbaud en *Cartas del vidente*: “Quiero ser poeta y me estoy esforzando en hacerme Vidente: ni va usted a comprender nada, ni apenas si yo sabré expresárselo. Ello consiste en alcanzar lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos”. Suma el ensayista que mucho de ese desorden se sustenta en el recurso de aproximar verdades a través de la ficción o el invento, o lo que él distingue como “posfalsedad”, sugiriendo que las manifestaciones de la imaginación no engañan, pues sus argumentos traman sus verdades desde las mentiras, a diferencia de las señales de la vida cotidiana que traman mentiras desde supuestas verdades, como se nota —sugiere su texto— en bagatelas de prensa y redes sociales, y en innúmeras obras que cuentan la historia dominante. De esto nos habla Andrés Felipe Soto en una reflexión breve pero intensa, limpia de escritura, sugiriéndonos también que en arte cada caso es único, que este no es hegemónico, que cada quien forja con su propio obrar, que no se siguen normas preestablecidas, que, como se dice de las más auténticas revelaciones, cada vez que se crea arte se inventa de nuevo el arte.

6

“La moda del raudo”

“La paciencia es hermosura”, dejó escrito el poeta español Luis Cernuda, y su sentencia parece respaldar la intención del ensayo de Claudia Lorena Ramírez, pues de la paciencia, de la aptitud para sobrellevar o resistir algo sin alterarnos, de la disposición de darle tiempo al tiempo, tiempo al error, tiempo al hallazgo verdadero,

habla su texto y, claro está, de su opuesto, de la premura, del vértigo, de lo rauda de los acontecimientos que suceden en nuestro entorno. Del lado de la paciencia está el compromiso consigo mismo, la claridad de nuestros sentimientos, la contemplación y el dar luz a nuestra penumbra interior, ese, como lo dice muy bien el texto, “abandono voluntario a los deseos que reposan en el alma”; del otro lado está lo oficioso, la celeridad que conlleva la ligereza, las respuestas inmediatas, las banalidades, la ausencia de penetración en el sentido de las cosas, eso que nos hace extranjeros de nosotros mismos, desconocidos de nosotros mismos. El ensayo plantea un dilema: desde el estoicismo, desde la imperturbabilidad, vivir en limpia comunión y al mismo tiempo darle dignidad a nuestra individualidad; desde la impaciencia, desde la agitación, vivir en el desasosiego y la insatisfacción. Y plantea también el ensayo una pregunta cuya respuesta nos compromete por igual: ¿estamos dispuestos a huir de la vida rauda? La paciencia es hermosura, insiste en decirnos Cernuda.

7

“¿Y dónde quedaron nuestros bellos ideales soñados?”

Este ensayo propone un repaso de lo que ha sido la tensión entre los ideales nobles y la pasión idealista en los proyectos del hombre a través de la historia, lo que relaciona también una reflexión sobre la tensión que existe entre la moral y la praxis, entre lo que se predica y se aplica. Viene a mi memoria, sobre este asunto, un adagio bíblico que resume el sentido de lo anteriormente dicho con palabras de todos los días: “De buenas intenciones está empedrado el camino al Infierno”. Siendo un repaso de estas tensiones, el ensayo de Edwar André Berrío es también una advertencia sobre la tendencia que

muestra que los grandes ideales son muchas veces desvirtuados por procederles vehementes que, en su desmedida excitación, terminan persiguiendo aspiraciones meramente materiales, competencias utilitaristas y, desde los centros de poder, la componenda y la manipulación de nuestra realidad. El autor parece interrogarnos: ¿Debe prevalecer en cada uno de nuestros actos la razón sobre la pasión? ¿Debe, por el contrario, ser la pasión la que domine sobre la razón? O, simplemente, ¿pasión e ideas deben integrarse en porciones iguales? Después de revisar el pensamiento de autores como Rousseau, Foucault, Kant y Kierkegaard, la conclusión del autor es clara: “Lograr un equilibrio entre ideales nobles y pasiones auténticas requiere una exploración interna profunda, una comprensión de las estructuras de poder y un compromiso constante con la búsqueda de la autenticidad y la justicia”. Y suscribo lo citado, sin esquematismos, pues no es inexacto agregar que la mayoría de nuestras razones están llenas de pasión, así como la mayoría de nuestras pasiones están llenas de buenas razones. ¿Qué opina el lector?

Modalidad Cuento

Primer puesto

Última carta

Laura Sofía Loaiza García

10 de septiembre de 2023
Medellín, Colombia.

Hola L., soy yo nuevamente, he intentado posponer este momento, pero ya no me siento capaz de hacerlo por más tiempo. Quería contarte que hace frío y que estoy, como siempre, sentada en el mismo rincón, frente a la misma lámpara, escuchando el ruido infinito de los carros que atraviesa la ventana... esperando a que regreses. Te preguntarás cuál es el motivo en esta ocasión y es todo muy simple: la vida empezó a perder el sentido desde hace algún tiempo. Si esto no es suficiente para llamar tu atención, puedes ahorrarte el desinterés rasgando esta carta como supongo has hecho antes con las tantas otras cartas que te he enviado. Esta vez tampoco espero ninguna respuesta; intuyo que me ignoras y está bien, sé que no quieres hacerte cargo de lo que me sucede, así que me conformo con poner en el papel estas palabras. Solo te pido que te des la oportunidad de leerme, sé que mi historia no te resultará indiferente y prometo que esta será la última carta, así ya no tendrás que hacerte cargo de

evadirme. Ya sé que este abismo que has establecido entre los dos hace parte de ese mecanismo algo rudimentario que creaste para sobrellevar tu existencia fría y estéril, donde todas las cosas llevan siempre a lo mismo, pero déjame decirte que, aunque no te lo parezca, tu situación es tan miserable como la mía y te darás cuenta por qué de nada sirve hacerte a un lado y salvarte.

Hace cinco meses que estoy trabajando para una empresa en el centro de la ciudad. Jornada completa, salario mínimo. La oficina en la que me encuentro es bastante amplia, iluminada, con un olor a araucaria y citronela de espanto y rodeada de plantas artificiales que intentan, fracasadamente, darle un aire de reconfortante ambientalismo. Comparto este espacio con otras siete personas y al inicio tenía la expectativa un poco alta: me ilusionaba encontrarme frente a nuevas experiencias y esperaba sentirme, tal vez, algo apartada del sopor de los días que por entonces me acompañaba. En cualquier caso así fue el primer par de semanas, aun así, medio tropezadas (ya sabes como soy), el problema es que me he dado cuenta de que soy una amargada y el motivo es el siguiente: por supuesto que está bien plantearse la rutina, despertarse cada día y fingir una esperanza renovada, una ilusión que se infla con cada amanecer, con cada taza de café filtrado, con el empeño puesto en preparar el desayuno, escueto y elaborado en partes iguales, con ducharse, con mirar el periódico, con tender la cama, pasear al perro, hacer ejercicio, empa-car la “coca”, cepillarse, perfumarse y llenarse de tantos ornamentos como sean necesarios para disimular la apariencia que queda luego del cansancio, con tomar el transporte público para llegar al trabajo, saludar a cada uno de los colegas y notar cómo tratan de disimular sus miradas de odio; con sentarse a revisar los mismos expedientes, rellenar las mismas tablas, asistir a las mismas reuniones, con salir del trabajo y nuevamente tomar el transporte público, esta vez para llegar a casa y ver cómo el poco tiempo que queda en el día se consume en acostarme cinco o diez minutos sobre el mueble, fingir algo de erudición tomando un libro, preparar nuevamente el almuerzo del

día siguiente, limpiar, limpiar, limpiar, pasear al perro, cepillarse, hacer la cama e intentar dormir. Todo esto para ser repetido infinitas veces en aras de la supervivencia.

La verdad es que cada día me parece más insufrible y poco llevadero esto de acercarme a la oficina y fingir que no me marea ese ambiente permeado de hipocresía burguesa; que no estoy hasta la médula de la propaganda corporativa que todos fingen adoptar, como si hacer parte de esto no se tratara siempre de un propósito egoísta y de supervivencia, como si no me hubiera sentado con cada uno de mis colegas y los hubiera escuchado hablar larga y tendidamente sobre lo mal que se comporta, que luce, que piensa, que siente, otro colega en la misma condición; como si no fuera suficiente con estar sentados ocho horas diarias frente a un computador contando los días, las horas, los minutos y los segundos que faltan para que sea viernes y simular que se vive nuevamente. Dime L., ¿de verdad crees que de esto se trata vivir? ¿No notas lo absurdo?

Ya sé que piensas que la mejor opción es tomarlo a la ligera, que soy demasiado caprichosa, que no valoro la estabilidad y que, posiblemente, todos estos problemas se solucionarían encontrando algo que me ayude a “ganarme la vida” y que me interese lo suficiente para no sentirme agotada en la rutina, pero quiero que sepas que no se trata de eso, es algo que va más allá, déjame te lo explico. Es importante que sepas que no soy especialmente infeliz, no quiero que te quedes con la idea contraria, simplemente no entiendo muchas cosas y sé que tú también has experimentado todo este sinsentido que, sin quererlo, nos hace sus víctimas y que siempre que puede se desborda por cada uno de nuestros poros. A decir verdad, aunque teóricamente esté bien poner toda nuestra voluntad en no permitir que la falta de sentido termine por hacerse por completo al dominio de uno mismo, en la práctica es algo insoportable.

En todo caso, no sé cómo sentirme frente a esto. Todo es demasiado confuso y los últimos días he estado cayendo lentamente en un

letargo del ánimo que me agobia. He llegado al punto en el que me cuestiono si esto es algo que me sucede exclusivamente a mí; si nadie más se asquea con la falsa modestia y los ademanes forzados de las conversaciones de pasillo, si nadie más experimenta la nostalgia de aquellos sueños joviales de grandeza y cambio, si nadie más nota que hay cosas demasiado sublimes y hermosas como para tomarnos demasiado en serio, si nadie más se ha dado cuenta de que el camino del sentido común carece, precisamente, de sentido, y que lo único que logramos persiguiendo el insignificante ideal de progreso es perdernos en la aburrida espera de los días venideros que, al fin de cuentas, serían siempre los mismos de no existir una alternativa.

Precisamente de esta alternativa se trata esta última carta que te envío. Si has llegado hasta este punto sé muy bien que una parte de ti, tal vez inconsciente, comprenderá lo que digo sin necesidad de simpatizar profundamente con mi idea. Lo he meditado mucho y tras unos cuantos años de debatirme entre luchar o no con este sinsabor que se traslada a todo lo que toco, a todo lo que hago, a todo cuanto vivo, he decidido dejar de luchar. Aun así, no quiero que confundas mi determinación con pusilanimidad, no se ha tratado nunca de eso; sé muy bien que una vida en medio de mullidas plumas y profunda complacencia no me podría procurar grado alguno de felicidad, y que los aporreados días también le dan color a este lienzo llamado existencia, al fin y al cabo, no me interesa en lo absoluto una vida regodeada en infinitos paraísos. Sé que no extrañarás recibirme en tu correo y que a partir del momento en el que recibas esta carta sentirás un gran alivio por tenerme silenciada; solo quiero que sepas que, al terminar de escribir, pondré la pluma al lado, sellaré el sobre con mis labios para que te quede un último beso y, por fin, me volaré los sesos.

Con amor, Aural.

(En conmemoración del Día Mundial para la Prevención del Suicidio - DMPS).

Segundo puesto

“Era...”

Luis Miguel Robles Barbosa

—Hay alguien enfrente de mi casa —murmuré incrédulo mientras miraba a través de la ventana desde mi escritorio en la soledad de mi habitación.

La noción empezó como una simple idea —quizá producto del insomnio—, pero parece que le di demasiadas vueltas.

Al principio, tan solo había un espacio vacío que me empeñaba en poblar con una figura; una figura que, para verla, pronto dejó de ser necesario el más mínimo esfuerzo:

Todo inició con una simple sombra en el suelo. A la que posteriormente las ramas de los árboles delinearon silueta y las tenues luces nocturnas otorgaron contorno. Era como si esa mancha tuviese vida propia. Poco a poco, aparecieron también los que luego serían sus pies, seguidos de unas prominentes piernas. Días más tarde, surgió igualmente su tronco, al que cual planta le brotaron brazos;

y, finalmente, una cabeza que emergía lentamente de las tinieblas llegó para completarle.

No sentía miedo, sino más bien una curiosidad insaciable: me asombraba ver cómo se formaba progresivamente hasta tomar una figura. Una figura humana.

Gradualmente, los días se convirtieron en semanas, una paleta en la que este ser —cuya escultura se asemejaba a la de un hombre— permaneció estático: completo, formado e inexpresivo.

Semanas de inmovilidad seguían, hasta que un gesto de su brazo derecho me saludó en su silencio. Inicialmente resistí, pero la insistencia me empujó a devolver el saludo. Sin embargo, momentos después, su brazo izquierdo —casi que rogándome— se alzó en un pedido de distancia, desafiando su propio mensaje.

En una noche en particular, incluso podría jurar que asintió con la cabeza de una manera tan tosca, que me dejó la sensación de que buscaba herirse a sí mismo; aunque esta idea solo quedó como una sospecha fugaz.

Embriagado de dudas, mi obsesión me llevó a los tomos de medicina y física buscando explicaciones que parecían imposibles de hallar. Su metamorfosis carecía de lógica: era una anomalía en el tejido mismo de la realidad. Tras esto, y ahora más maravillado que nunca, decidí documentarlo todo.

Las cosas se mantuvieron sin cambios durante algún tiempo: su presencia se daba por las noches y desaparecía durante el día. Hasta que, en una ocasión, súbitamente el brazo izquierdo desistió de intentar ahuyentarme. Era como si por fin se hubiese rendido. Al mismo tiempo, noté que su postura —a diferencia de antes— denotaba tristeza como... como si lamentase algo... no supe qué. Poco después, y como si no fuera suficiente, sus piernas tentaron con flexionarse.

Y, además, aunque podía estar equivocado, tenía la sensación de que en cada episodio emergía más y más cerca.

Pronto, la aciaga luz de enfrente, que día tras día estaba más próxima, finalmente llegó a los pies: estaba descalzo; días más tarde, a las piernas: estaba desnudo; finalmente, al tórax: ya estaba expuesto.

Sutilmente, noté que los movimientos de la mano derecha —que seguía saludándome— eran más agitados según se aproximaba, como si estuviera en conflicto consigo mismo. Cuando menos lo pensé, ya estaba a pocos metros de mi ventanal; y, aunque en primera instancia tuve el impulso de acercarme para contemplarle de cerca y descubrir por fin su rostro —aún oculto en la oscuridad—, me abstuve de hacerlo por temor a que se asustase y desapareciese...

Un jueves, luego de llegar de la universidad y recostarme en mi cálido escritorio, decidí —como ya era habitual— dirigir mi vista al frente para ver cuán cerca estaba *hoy* mi enigmático compañero, a quien había decidido llamar Miguel. Pero... ¡vaya sorpresa me llevó! Miguel no estaba ahí, había desaparecido. Conmocionado, despavoridamente arremetí contra mis documentos: no había rastro de mis registros; acto seguido, esculqué en mi cámara, donde tampoco había indicio de la existencia de los cientos de fotografías que había capturado.

Estupefacto, me sumergí en una eufórica discusión en la que mi contraparte era yo mismo. Estaba completamente perplejo...

—¿Podría haber sido todo producto de un delirio? —me planteaba impaciente mientras posaba la mirada en la repisa de medicamentos.

Por el bien de mi estabilidad mental, decidí asumir que sí.

Continué entonces con mi rutina y, una vez terminé las tareas pendientes, me dejé caer sobre mi cama, en donde —como era de esperarse— retomé mi entredicho. Al cabo de unas horas, a eso de las 3:00 a. m., tumbado boca arriba, entre el sueño y la vigilia,

percibí que la puerta de mi habitación se abría... En el acto, me quedé inmóvil, como si de una parálisis del sueño se tratase.

—¿Podrá ser Miguel? —me cuestionaba consternado—. Si es él, ojalá piense que somos amigos —alegaba internamente tratando de consolarme—. Lo más prudente sería levantarme y dialogar —resolvía mientras sentía cómo la sensación de suspensión comenzaba a disiparse.

Con el temor invadiéndome, abrí mis ojos. Ahí estaba, descubierto, miserable y con el rostro eclipsado por la sombra.

—Traté de advertirte —dijo con voz quebrada—. Lo siento...

Era mi voz, ¡MI JODIDA VOZ! *Ipsa facto*, contraí mis cuatro extremidades y mi espalda chocó contra la pared, fruto del lúgubre temor que invadía mi ser, tal como una gota de agua serpentea por un árbol: desde la cúspide hasta la raíz. A menos de un metro y medio estaba Miguel; estaba yo. Lo supe no solo por la voz, sino por todos los detalles: la contextura, la estatura y mi inquietante rostro plasmado en el suyo, ahora claramente visible por rayos de luz que entraron por mi ventana como enviados, por el mismísimo Satanás, a perturbarme.

De repente, todo se sumió en la oscuridad, un negro tan profundo como los abismos cósmicos que poblaban mis lecturas de física. Lo único que puedo recordar es haber visto a Miguel acercándose en medio de la penumbra; a su brazo derecho alzándose en una muda insinuación y un posterior destello en el que por todo mi cuerpo corría una intensa cascada escarlata —tan vibrante como las cristalinidades de un manantial—, que me envolvía, me atrapaba, me asfixiaba... me desaparecía...

Insospechadamente, luego de unos segundos de absoluto desconcierto, sentí que mis ojos se abrían nuevamente. Todo seguía sumido en las tinieblas. Mas, sin embargo, algo había cambiado. Estaba de

pie, podía sentirlo, pero rápidamente me di cuenta de que algo estaba terriblemente mal con mi cuerpo. ¡Mi cuerpo no respondía! Intenté mover la boca, los pies, las piernas, los brazos... pero todos, absolutamente todos, parecían ajenos a mi voluntad.

De pronto, en medio de la confusión y el pánico, noté cómo mi brazo derecho comenzó a elevarse hacia adelante, por sí mismo, como si tuviese vida propia. Lleno de perplejidad, dirigí mi mirada hacia el frente donde, a unos cuantos metros, la que había sido mi morada se confundía con la noche. Y allí, en la nebulosidad de mi cuarto, me encontré con la visión que más temía: yo mismo.

La figura de quien hasta entonces pensaba que era mi doble, ahora vestida con mis prendas, estaba ahí, en silencio, con un aura intrigante; cuando, inesperadamente, alzó su brazo derecho en una especie de saludo mudo, como correspondiéndome...

A través de la oscuridad, nuestros ojos se encontraron en un momento de comprensión incómoda. Me di cuenta de que todo lo que había estado viviendo no era solo una extraña fantasía, sino una realidad que se retorció más allá de la insondabilidad de mi mente.

En ese preciso instante, me invadió una mezcla de horror y fascinación al entender que “mi doble” y yo estábamos conectados de una manera imposible de desentrañar. Mi identidad y mi existencia misma habían sido usurpadas por esta presencia inquietante, y no había nada que pudiera hacer.

En eso, el temor —como por capricho— se entrelazaba con la tristeza al reconocer que, lo que había sido “yo”, ya no existía...

En ese momento, mis párpados se alzaron cuidadosamente, revelando un blanco resplandor que se proyectaba y extendía en la inmensidad del cielo. Era un vendaval de luz pura, una blancura tan intensa que inicialmente me dejó cegado, como si hubiese estado contemplando el sol durante horas.

Lentamente, mi cuerpo empezó a elevarse y mis sentidos comenzaron a desvanecerse uno por uno, deshaciendo toda percepción del mundo como arena entre mis dedos... No había olor en el aire, ni sabor en mi boca, solo un silencio absoluto que se extendía a mi alrededor; tan intenso que casi podía palparse. Era como si el universo mismo hubiese desaparecido, dejándome solo —inmerso en un mar de dudas— mientras poco a poco perdía la consciencia en un remolino de confusión y desesperación; alimentado por reflexiones y preguntas sin respuesta, tan complejas como los enigmas que llenaban las páginas de los densos libros de medicina, que exploraban los inexplicables recovecos del cerebro humano...

—¿Será este el resultado de una mente quebrada o...? —pensé con la pequeña porción de *esa alma* que aún me pertenecía mientras milimétricamente me sumía en la eternidad.

Y eso parecía ser todo. Hasta que *desperté*.

Robin Sharma dice:

“La vida tenía que destruirte para que tú pudieras reconstruirte mejor”. Yo digo que no es la vida la que nos destruye, sino que somos nosotros mismos.

Mención

Burbujas

Aleida Burgos Ortega

No podía pensar claramente. Cada segundo se transformaba en una imagen específica y dolorosa que se repetía constantemente en mi cabeza, mientras llegaba al lugar donde esperaba encontrar algo de ayuda.

—A bañarse para pasar a la medicación, niñas, ¡rápido! —decía la enfermera que acababa de abrir bruscamente todas las puertas, mientras ponía una toalla con las mismas sudaderas azules en cada una de las camas y salía del cuarto, encendiendo la luz.

A mi derecha estaba Dayana, a quien no le gustaba que la llamara por su primer nombre porque así la conocían sus amigos fuera del hospital, y le resultaba vergonzoso que la relacionaran con ese lugar.

Por la ventana, el cielo estaba oscuro, como si fuese a llover y en las paredes blancas de mi habitación, escuchaba a Dayana enojada porque en la ducha no había agua caliente y el día estaba demasiado frío para bañarse con la poca cantidad de agua helada que caía en la

regadera. La escuchaba a lo lejos, como si no estuviese hablando conmigo justo a tres pasos de mi cama, como si no pudiera responderle algo sensato para que no pensara que no me importaba lo que decía, que estaba siendo irrespetuosa. Pero todo me costaba demasiado. Abrir los ojos implicaba encender el dolor otra vez y ser consciente de él. Solo debía mover las piernas, articular una palabra, mostrar un gesto amable, algo que no me hiciera parecer como la peor compañera de habitación del mundo, pero lo único que conseguía era sumergirme en un llanto incontrolable.

Tres noches atrás llegué por mi propia voluntad, al contrario de la mayoría de las chicas. Me despedí de mis padres como pude y entré a una de las habitaciones donde las enfermeras me quitaron la ropa para que el agua fría me despertara de la pesadilla que vivía, pero esto apenas funcionó. Los días siguientes fueron borrosos, muchos exámenes y visitas con especialistas, cambios de unidad y de cuartos; apenas entendía que no podía salir de mi habitación después de diez días debido a restricciones que se habían ordenado por la pandemia.

Dayana era muy gentil y siempre intentaba mantenerme despierta. “¿Jugamos parqués?”, “¿quieres que lea en voz alta este libro? Me pareció muy interesante”, “¿te acerco la comida? Si no comes, te vas a quedar aquí más tiempo”, “¿quieres que hagamos un poco de ejercicio? Así logras pensar en otra cosa”. Pero simplemente me parecía imposible sostener una conversación, me sentía peor por no poder tirar un par de dados y mover una ficha, pero estaba paralizada, temblando y con un dolor punzante en el pecho. No podía depender de mí misma.

Seguir una rutina es importante para la salud mental. A las 6:30 a. m. las enfermeras abrían las puertas para que nos bañáramos, después de la ducha venía la medicación y la toma de signos vitales. A las 8:00 llegaba el desayuno, a las 10:00 la media mañana, a las 12:30

el almuerzo. Si había media mañana no había media tarde, de lo contrario la media tarde era a las 3:00, la cena a las 5:30 y, a las 7:00 nos daban la medicación para que todas nos fuéramos a dormir.

El cuarto día nos cambiaron de habitación con una nueva compañera: Briyith. Era bajita, de tez trigueña y le encantaba hacer ejercicio antes de dormir.

—¿Por qué están aquí?—. Fue la segunda cosa que nos preguntó, después de nuestros nombres.

— Yo, porque tomé 43 pastillas, terminé en el hospital, pero afortunadamente no conseguí lo que deseaba, que era suicidarme, ¿y tú? —le dijo Dayana.

—Yo, por consumo.

El doctor Daniel, que nos visitaba diariamente, me había formulado un esquema de medicación que implicaba mantenerme sedada todo el día, así que para lo único que me despertaban mis compañeras era para comer. Podía estar a mitad de una frase y me quedaba profundamente dormida. En realidad, no era una gran compañía.

Dayana vivía en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, con sus papás, tres hermanas, su sobrina, cuatro perros y dos gatos.

—¡Cada vez que mis amigas van a mi casa, salen asustadas! Pero para mí es normal escuchar disparos, siempre hay peleas en mi barrio, por las pandillas o por los ladrones, la verdad es que con mis hermanas salimos por la ventana para echar chisme —nos contaba muy tranquila.

—En mi barrio pasa lo mismo, a la policía le da miedo entrar y meterse entre las peleas, hay un CAI pero está lleno de orificios de bala, así que por allá la seguridad nos la dan los del barrio —respondía Briyith.

Cuando se cumplieron los días de aislamiento, pudimos salir a conocer al resto de chicas que estaban internadas y nos sentamos juntas a escuchar lo que teníamos para decir.

Toda su vida, Dayana había sido “la fea” de sus hermanas, como ella decía. Los chicos que le gustaban, los amigos que quería tener, la atención que deseaba, nunca fueron para ella. Su vida fue un constante verse al espejo y odiarse. Nadie parecía notar cuánto se esforzó, nadie le dio el reconocimiento que merecía por cada logro que consiguió, nadie se preocupó por preguntarle si estaba bien, si necesitaba hablar. En el último mes, sus dos mejores amigos la habían dejado a un lado porque se enamoraron e iniciaron una relación. Su hermana había intentado suicidarse un año antes “por llamar la atención”, contaba enojada. Y cuando su aspiración fue lograr, pese a la difícil situación económica en que vivían, el título de tecnóloga mientras seguía estudiando un pregrado, a su sobrina le había dado por intoxicarse con pastillas, también “para llamar la atención”. Dayana no pudo más, así que decidió que ese sería su último día para sentirse mal, tomó las pastillas que tenía recetadas para tres meses y convulsionó. La encontraron muy rápido y después de hacerle un lavado gástrico, terminó allí, con todas nosotras.

Briyith, que no paraba de decir que Dayana, además de ser bonita, era inteligente, había vivido toda su vida en el barrio popular, rodeada de pandillas y de familiares desagradables que se la pasaban borrachos o drogados en su casa y de los que se alejaba “para evitar problemas”.

—Cuando tenía como diez años, un amigo me regaló el primer porro y me gustó. Después, entré a diferentes parches y siempre había droga, así que me metía lo que me dieran. Yo probé de todo (*Mona*, me decían porque mi nombre era difícil de recordar), metí marihuana, *popper*, *tuci*, hongos, ácidos, hasta que me encontré con el bazuco y después me perdí en el bóxer.

Briyith se había ido de su casa para vivir con su novio adicto, que era un príncipe hasta que empezó a insultarla y después a pegarle porque no aportaba dinero para satisfacer su vicio.

—Yo lo dejé a ese cuando me pegó en la cara y me tiró por las gradas, porque la cara no me la toca nadie. Y mi mamá me trajo porque yo sabía que ya estaba perdida en el b́oxer. Yo me siento una estúpida al lado de ustedes, que son universitarias y estudian, porque tanta droga me tostó el cerebro y a mí me falla la memoria. Dejé el colegio en sexto y aunque quisiera volver, me va a costar por lo mal que estoy de la cabeza.

Nos habíamos reunido todas en el patio para hablar porque los terapeutas estaban de vacaciones y teníamos todo el tiempo libre. Éramos adolescentes queriendo escapar de nuestras realidades y pensé en lo absurdo que es cuando la gente llama, tan despectivamente, “locas” a todas las personas que van a un hospital mental. La mayoría estaba por depresión y ansiedad o por drogadicción. Ninguna estaba loca.

Nos estábamos turnando para hablar, cuando *La Flaca* tomó la palabra.

—Yo no soy del popular pero si he parchado ahí. Vivo en el Caicedo y es igual. Cuando tenía como once años, vi que por la ventana de mi casa estaba entrando humo y olía raro, así que salí a decirles a los manes que estaban fumando que qué era eso, que me dejaran probar. Ellos se rieron, eran mayores, como de 20, y me explicaron cómo se fumaba. Después, quise seguir probando qué más había y metía perico, b́oxer, bazuco, lo que hubiera. Mi mamá no se daba cuenta...

Pero solo un par de días después de compartir historias, a *La Flaca* la llevaron a otra unidad para hacerle pruebas médicas. El día siguiente nos contó lo que había pasado: la prueba de embarazo le había salido positiva. Ella, con 15 años. Me confesó que dos meses atrás había ido a una fiesta y que borracha y drogada se fue con los amigos a un

edificio abandonado para que nadie los molestara. Me dijo que casi no se acordaba de ese día, pero que cuando recobró los sentidos, un tipo, *El Risas*, que era un *dealer* recién salido de la cárcel y que además tenía unos 40 años, se la llevó a un lugar a solas y le ofreció un poco de bazuco por sexo. *La Flaca*, además de ser muy bonita, es graciosa y amable, me gusta hablar con ella porque siempre encontramos la forma de hacernos reír. Ese día estaba pálida, triste, arrepentida.

—Yo le dije que sí porque tenía ganas de engomarme y no tenía plata, ni me acuerdo cómo fue, me da asco, no lo había pensado por el asco que me da ese *man*—. Fue lo que me dijo.

Lo más terapéutico de cada día era escuchar hablar a las demás. A diario teníamos derecho a recibir dos llamadas de tres minutos. Así que a las 4:00 p. m. estábamos sentadas escuchando sonar los teléfonos y esperando que dijeran nuestros nombres. Cada tarde, sin falta, hablaba con mis papás y me sentía un poco más tranquila.

Mientras estábamos pintando unos dibujos que nos habían prestado los enfermeros, conocí las historias de Nicol, Tania, María y otras chicas que tenían en común la Fundación en la que vivían. La mayoría de ellas habían sido obligadas a abandonar a sus familias y sus casas en Tumaco, Salahonda, Magüí Payán, Francisco Pizarro y Barbacoas, principalmente.

A Nicol la alcanzaron y le dispararon mientras intentaba escapar del fuego cruzado. Amenazadas por los paramilitares, tenían que irse antes de que se las llevaran para violarlas y matarlas. Todas terminaron en fundaciones en Pasto o en Chachagüí, buscando casas de acogida, madres sustitutas o esperando a que sus familias pudieran salir del infierno que vivían por culpa de las guerras ajenas. Se levantaban la blusa o se subían el pantalón para mostrarnos las heridas de bala cicatrizadas, los cortes que alcanzaban el largo del antebrazo por el maltrato que recibían y los cortes en varias partes de su cuerpo, por intentos de suicidio fallidos. El panorama era desolador.

Era impresionante pensar en la cantidad de secretos y súplicas de ayuda que habían ocultado ese montón de paredes blancas y pulcras a lo largo de los años. Pero era aún más impresionante pensar en la cantidad de gritos que habían sido ahogados y habían desaparecido porque nadie los había podido escuchar. Pensar en todo el sufrimiento que existía y existe, fuera de la burbuja que es nuestra vida y que no podemos alcanzar a comprender porque no lo hemos vivido.

Muchas de mis compañeras le temían a Sandra, por sus cicatrices y por cómo se veía físicamente; era verdad que podía llegar a ser un poco aterradora. Pero sin ser diferente del resto de nosotras, se sentó a contarnos por qué estaba internada.

—Soy alcohólica y adicta —nos decía con total tranquilidad—. Pero no estoy aquí por eso, estoy aquí porque perdí al amor de mi vida. La conocí en rehabilitación y nos enamoramos. No volví a necesitar alcohol o drogas para sentirme bien porque gracias a ella tenía un motivo para levantarme. Conseguí un trabajo y nos fuimos a vivir juntas a una pieza con cocina. Después de dos años, ella recayó y llegaba borracha a la casa o se perdía por semanas. Hasta que un día le hablé y ella me prometió que iría de nuevo a rehabilitación para que estuviéramos bien, pero no lo hizo. Una mañana, me mandó a una tienda que quedaba muy lejos de la casa porque tenía antojos de pollo y yo me fui a pie. Creo que llegué como a las dos horas, esperando que tuviera listas las cosas para cocinar el almuerzo. Pero cuando entré, la vi colgada del techo, muerta, ahorcada.

Nos contó que Patty, como se llamaba su novia, le había dejado una carta de suicidio en la que le pedía perdón por no poder ser la persona que ella se merecía, y que no quería vivir más así, en las adicciones. Le decía que la amaba y que esperaba encontrarla en otra vida, en otras condiciones. Después de verla así, Sandra compró alcohol puro con un jugo de naranja y se perdió en la calle por meses. Robaba para poder comprar su veneno pues deseaba morir,

quedar inconsciente y no despertar otra vez. Hasta que un día intentó robarse una moto y le dispararon en la pierna. Sin saber a dónde ir, terminó aquí, pidiendo ayuda para su adicción.

Entre tantos acentos, caras y voces diferentes, nunca encontré qué responder después de una narración desgarradora, y tampoco encontré las palabras que me hicieran sentir menos miserable después de compartir mis sentimientos. Pero hablar, saber que alguien me estaba escuchando y, además, ver cómo todas nos abríamos ante las otras, desesperadas por un poco de comprensión y consuelo, era lo que, paradójicamente, hacía que ese lugar se sintiera tan acogedor y cálido.

Pasados 21 días, llegó mi hora de egreso, de volver a la realidad que todavía seguía ahí afuera, pero llena de un montón de sentimientos mezclados. Diciéndole adiós a las chicas que aún no salían, pasé por la puerta que había evitado tantos días, prometiéndome no olvidar esas otras vidas que quedaban ocultas entre los pasillos.

Mención

Laberinto de sombras

Ingrith Milena Quintero Rincón

Camino sola por los pasillos oscuros y silenciosos, mis pasos resueñan en el suelo frío y desgastado. Las luces parpadean intermitentes, lanzando sombras inquietantes que parecen cobrar vida en las esquinas. El eco de mis pisadas me sigue, una melodía solitaria en este laberinto de corredores interminables. Cada paso me lleva a un lugar donde el tiempo y el espacio se distorsionan.

Las paredes están cubiertas de desconchones y grafitis descoloridos, una muestra de los años de abandono que ha sufrido este lugar. A medida que avanzo, las puertas cerradas a los lados parecen ocultar secretos inimaginables. Me detengo ocasionalmente para escuchar, esperando oír algún signo de vida, pero solo el silencio persiste, interrumpido solo por el zumbido lejano de una luz defectuosa.

Mi corazón late con ansiedad mientras sigo avanzando, mis pensamientos oscilando entre el miedo y la curiosidad. En uno de los pasillos más oscuros, vislumbro algo sobre el suelo. Me agacho para

recogerlo y mis manos encuentran una carta doblada. Al abrirla, mi mirada se clava en las palabras escritas a mano con trazos apresurados y nerviosos.

Querida receptora:

Si estás leyendo esto, significa que has encontrado las instrucciones que dejé. No sé quién eres ni cómo llegaste aquí, pero no tienes elección ahora. El tiempo es esencial y la ciudad depende de tu coraje. El punto de no retorno se acerca, y solo tú puedes marcar la diferencia.

Soy el Sargento Alexander Lark, y lo que estás sosteniendo es la llave para nuestra única esperanza. La ciudad está amenazada por una sombra oscura que se cierne sobre ella, y solo una acción drástica puede salvarnos. Adjunta a esta carta, encontrarás un mapa con la ubicación exacta. Debes plantar la bomba tal como se describe, siguiendo las coordenadas con precisión milimétrica.

Sé que esto es abrumador y aterrador, pero quiero que sepas que no estás sola en esto. Hay otros como tú, desconocidos valientes que han sido reclutados de la misma manera. No podemos confiar en los canales normales, la amenaza es demasiado grande. Si logramos esto, si logras esto, habremos salvado innumerables vidas inocentes. No te equivoques, esto no es un acto de destrucción, sino uno de sacrificio por el bien mayor.

Ve con cuidado, mantente en las sombras y no dejes que el miedo te domine. Confío en que harás lo correcto.

Sargento Alexander Lark.

Mi corazón late con fuerza, el impacto de las palabras del sargento se hunde en mi mente. La carta tiembla en mis manos, y una sensación de urgencia y miedo me envuelve. El laberinto que me rodea parece más oscuro que nunca, y cada rincón amenaza con ocultar una trampa mortal.

Las paredes de los pasillos parecen acercarse, los techos se ciernen sobre mí y el aire se hace más pesado. Me siento encerrada en una trampa mental, una prisión de decisiones imposibles. Sigo deambulando por los pasillos, mi mente girando en un torbellino de

emociones. La sensación de estar atrapada en este oscuro y laberíntico lugar se intensifica, y cada paso parece llevarme más lejos de la realidad que solía conocer.

Mis manos empiezan a temblar, y finalmente dejo caer la carta al suelo, como si quisiera deshacerme de la carga que lleva. Mi mente está llena de preguntas sin respuestas, de miedos que se multiplican como sombras en la oscuridad. Una oleada de desesperación me envuelve mientras sigo avanzando, mis pasos arrastrándose en medio de la incertidumbre.

Y luego, en el momento en que parece que la tensión es insoportable, algo cambia. La sensación de opresión comienza a desvanecerse, y una brisa suave parece filtrarse a través de los pasillos. Levanto la vista y parpadeo, confundida por la sensación de claridad que empieza a inundarme. Los detalles a mi alrededor se vuelven más nítidos, como si la neblina de mi mente se estuviera disipando.

Me detengo en seco, mirando a mi alrededor con incredulidad. Los pasillos ya no parecen oscuros y ominosos, sino simplemente viejos. La carta que había caído al suelo ha desaparecido, como si nunca hubiera estado allí. Un alivio profundo se apodera de mí, y me doy cuenta de que mi respiración ha estado agitada todo este tiempo.

Las sombras parecen retroceder, y los sonidos distantes del mundo exterior comienzan a filtrarse. El eco de mis pasos ya no parece una melodía solitaria, sino más bien un recordatorio de mi conexión con la realidad.

Finalmente, mi mente empieza a procesar lo que está sucediendo. Me pellizco el brazo con fuerza, como si necesitara confirmar que estoy despierta y consciente. Una sensación de asombro y alivio se mezcla en mí mientras miro alrededor de mi propia habitación. El sol entra por las cortinas, las sombras son suaves y familiares. Mis manos ya no tiemblan, y una sonrisa nerviosa se forma en mis labios.

Era un sueño, me repito a mí misma una y otra vez. La sensación de urgencia y miedo, las instrucciones del sargento, la amenaza inminente... todo era una ilusión creada por mi mente. Cierro los ojos y respiro hondo; mientras el sol sigue brillando en el exterior y el día toma forma, me encuentro sosteniendo el recuerdo de ese sueño en mis pensamientos. Aunque fue solo una experiencia imaginaria, su impacto sigue resonando en mí. La sensación de estar atrapada en un laberinto oscuro y la intensidad de las emociones que experimenté siguen frescas.

Después de unos minutos decido que es hora de enfrentar la realidad y seguir adelante. Me dirijo al baño y lavo mi rostro, sintiendo cómo el agua fría me despierta completamente. Luego, regreso a mi habitación y comienzo a organizar las cosas, sintiendo la necesidad de recuperar el control de mi entorno.

Mientras ordeno los objetos en mi escritorio, mis ojos se posan en un pedazo de papel doblado que parece estar fuera de lugar. Lo recojo y lo abro y una ola de sorpresa y confusión me recorre:

Querida receptora,

Si estás leyendo esto, significa que has encontrado las instrucciones que dejé...

Miro por la ventana, y lo que veo en el horizonte me deja sin aliento. Una sombra oscura se extiende sobre la ciudad, como una nube que bloquea la luz del sol. Es como si el sueño estuviera tomando forma frente a mis ojos y se convirtiera en una horrible pesadilla.

Modalidad Ensayo

Primer puesto

La poesía del desorden y el origen del arte

*El discurso hegemónico ha creado un orden artificial para
ordenar el caos, pero el arte como creación nos sugiere nuevas
maneras de organizarlo*

Andrés Felipe Soto Rojas

La semántica del caos es ambigua y discutida por diversos autores, pero todos refieren a su esencia la falta absoluta de orden. Este discurso hegemónico de la inexistencia de un sistema dentro del propio caos ha creado un símbolo artificial, una especie de punzada que parece rayar en lo aceptado, pero el arte, como creación, nos sugiere nuevos patrones, nuevas maneras de organizar el incontrolable caos; un nuevo precepto. Esta pseudoverdad que da por hecha la sociedad implícitamente proyecta la pregunta: ¿Existe el no-orden? Y si vamos más allá del pragma de la física, la ausencia del orden reflejaría entonces “la nada”, porque el caos no es más que un nuevo orden, un sistema subversivo que se impone sobre lo ya establecido, y eso automáticamente lo transforma en un nuevo precepto.

Imaginemos entonces una tormenta violenta como ejemplo de caos. En su aparente falta de orden, podemos observar relámpagos, truenos, vientos furiosos y lluvias torrenciales, creando un panorama caótico. Pero dentro de esa aparente falta de orden, hay patrones intrincados y procesos complejos que guían los fenómenos climáticos. De esta manera, el caos se revela como un sistema en sí mismo, con su propia estructura y dinámica. Es entonces como nuestro caos acaba por ser nada y al mismo tiempo todo, como una serpiente que se engulle a ella misma, como las escaleras sin subida y sin bajada de Escher.

En nuestra semántica y praxis, el caos deja de tener sentido. El caos se convierte en su propio orden y es entonces cuando lo irracional es analizado desde la racionalidad. Esta nueva indeterminación se convierte en un *dios de la modernidad*, aquella confiere delicadeza al hilo del arte y lo enreda en patrones imperfectos, complicados y angustiosos, porque se da rienda suelta a la expresión artística que brota como savia de las hojas marchitas. El punto clave para comprender esta ambigüedad está en el cambio, en la multidireccionalidad de esta, en que se deja de llevar la dirección que se tenía para enrutarse por una completamente distinta y sin aparente resolución, donde estallan nuestros miedos del abismo existencial que queremos taponar con nuestras reglas.

Escher, por ejemplo, es un artista crucial que juega a criticar la física del mundo con su juego de perspectivas, abriendo un portal hacia un nuevo espacio no-euclidiano y que ignora los preceptos que la geometría ha establecido. A través de su arte, Escher, se burla del aparente orden y sentido de nuestra realidad, abusando del punto de fuga para realizar obras como las litografías de “Ascendiendo y descendiendo” y “Reptiles”. Por otro lado, Bach utiliza el caos como una herramienta para explorar la libertad de las notas. Su obra “Fuga en Do# menor del Clave Bien Temperado Vol. 1”, es una triple fuga

de cinco voces que se entrelazan en una lucha constante, desafiando las convenciones y explorando la convergencia y la deliberación extremista del valor de cada una de ellas.

A simple vista, puede no existir un orden claro, pero si se observa detenidamente, se revela una conexión profunda en los detalles. Incluso se pueden apreciar momentos de resolución musical permitiendo al oído percibir la tónica y, en ocasiones, recordarnos que la derrota es propia del humano evitando la aparición de esa nota final. Porque eso es el arte, un evento intrínseco en la naturaleza que permea la virtud y la esencia de lo humano, de lo fantástico y de lo factual. Atravesando la creatividad y la expresión artística.

El arte del caos significa abrazar esa caída. *Laissez faire, laissez passer*. Dar rienda suelta a la fantasía y caer en la posfalsedad, distorsionar el medio manipulando la apariencia de la validez, escondiendo la luz en la oscuridad. No se debe interpretar el término “posfalsedad” con la acepción dada por Núria Perpinyà (Perpinyà, 2021), para quien el mismo es una expresión forzada que indica la difusión de hechos falsos o engañosos. En este texto, la posfalsedad es la manipulación de la verdad que se oculta en la sombra del desorden aparente de las figuras, es la recolección de las acepciones morales y materiales.

Para explicar esto último, que es el eje del documento, comprendamos que este arte es entonces una planta peculiar llamada “Engaña”, y que el medio es un hermoso jardín que representa la verdad. La planta se dedica a esparcir semillas de posfalsedad por todo el jardín, que, al germinar, crean plantas con brillantes pétalos, distintas entre ellas, pero igual de hermosas adornando el jardín. Se construye una realidad hermosa y aleatoria que oculta la verdadera naturaleza del jardín; asimismo pasa con el arte y el desorden.

El arte oculta la incertidumbre del autor y la expresa en términos equivalentes, se traduce el nuevo pragma impuesto por el aparente

azar. Proporcionando al autor el problema de enfrentar una nueva realidad, una nueva alteración de su jardín y la necesidad de germinar sus plantas “Engaña”.

Al arte hay que mirarle con abstracción, como se debe ver al jardín, no dejarse infundir por el aparente revoltijo de colores que contempla la vista, sino sumergirse en la obra y observar los patrones ocultos, los significados subyacentes que emergen de las semillas de “Engaña”.

Entiéndase por todo lo dicho como la manipulación de la verdad para ocultarla de lo aparente, para convertirla en una verdad mucho más sencilla pero que carece de profundidad, una verdad que se aleja de su valor como sustancia factual y acercándola a una vacía palabra sin más sentido que el que aparenta. El arte es profundo, complejo, imperfecto y flexible. Es alimentado por la emocionalidad de los muchos autores que se atreven a jugar con esa alteración del orden natural de su mundo y logran hundirse en su manifestación perturbando la fe haciencia impuesta por la sociedad.

Sin el desorden caótico que puede resultar de las emociones no se haría nada más que la verdad superficial en que se quedan las personas, comúnmente llamadas “cuadradas”, no habría obras desafiantes como las de Escher que son un viaje y una crítica a los principios simbólicos de este mundo, o no habría las críticas de los movimientos sociales que las caricaturas de George Grosz gritan con sus bocetos. No se trascendería con el surrealismo ni existiría ese bello estilo. Beksinski, sin la posfalsedad, nunca pintaría los sueños monstruosos ni expresaría en las pinturas las pesadillas a las que no nos acostumbramos.

El arte nace de la belleza de lo caótico, de ese motivo que impulsa los movimientos de vanguardia surrealista, que altera el orden establecido a través de la posfalsedad. Sin el caos, estaríamos limitados

a una verdad simplista, sin matices ni profundidad. Trasciende y nos invita a explorar los límites de lo posible, sumergiéndonos en la complejidad de nuestra existencia y cuestionando las verdades establecidas, creando a su paso subsistemas que se reforman en preceptos nuevos. Como las pinturas de Escher, el caos cae donde se le lleva a caer, pero no tiene una ruta fija; vive de la multidireccionalidad y de la reforma de su sustancia factual; vive del significado que se le otorga a la sencilla verdad, volviéndola profunda e intrínseca. El caos es un factor crucial que da origen al arte, y todas sus expresiones.

Bibliografía

- Alejos, C. (2009, enero 12). Pintar el caos. *Pintura y Artistas*. <https://www.pintura-yartistas.com/pintar-el-caos/>
- García Villarán, A. (Director). (2020, abril 23). *El arte imposible de escher ft Javier Santaolalla*. <https://www.youtube.com/watch?v=Pvh4MPFTenk>
- Altozano, J. (Director). (2017, julio 20). *Los miserables: La mejor fuga de Bach* || <https://www.youtube.com/watch?v=4GkdTTXdXsk>
- Perpinyà, N. (2021). *Caos, virus, calma: la Teoría del Caos aplicada al desorden artístico, social y político*. Editorial Páginas de Espuma.

Segundo puesto

La moda del raudo

Claudia Lorena Ramírez Franco

En la cinta *Doce hombres en pugna* (Lumet, 1957), un jurado de doce hombres debe decidir si da veredicto de culpabilidad a un joven latino de 18 años, quien ha asesinado a su padre. A primera vista se trata de un caso sencillo. En la primera votación once miembros votan por la culpabilidad del acusado, pero hay un único voto en su defensa que quiere promover la discusión, para poner en duda lo que es “razonable” más allá de toda evidencia, y, aún con la furia de los otros once, la persistencia de este hombre cambia radicalmente el curso del juicio. Hay una fuerza que mueve la historia, más que individuos o grupos de sujetos haciendo grandes hazañas, más que teorías que explican el mundo y más que cosmogonías construyendo sociedades: la paciencia.

El turno de ser pacientes nos llega a todos sin excepción. Los usos de la paciencia son muy variados (esperar junto a un enfermo, hacer la tesis, soportar al marido), pero se centran casi siempre en la justificación de un objetivo, aunque a veces, poco claro. Según la RAE, la

paciencia es la “capacidad de padecer o soportar algo sin alterarse”, una definición en la que no cabríamos muchos.

¿Por qué hablar de una virtud, si ya otros dijeron casi todo de ella en magnas líricas y elocuentes ensayos? Escribo por gusto, por presentar este ensayo ante mi facultad y porque puedo. Esta época de cambios, según el teórico moderno José de Souza Silva, más parece un cambio de época, pues está caracterizada por la dominación de un sistema de ideas, un sistema de técnicas y una institucionalidad nueva y distinta, cuyas consecuencias “crecientes e inexorables, empujan esta época histórica hacia una crisis irreversible”. Las revoluciones sociocultural, económica y tecnológica pasan ante nuestros ojos a un ritmo tan acelerado que los cambios nos resultan imperceptibles.

Este es un ensayo de “elogio de la paciencia” o crítica a los raudos, si se quiere. El raudito por excelencia te condena en forma inapelable, inmediata y sin piedad, sobre la única base de la superficialidad, que, además, solo alcanza a ver a través de su teléfono, a encajar en un mundo vertiginoso. Hay que ver la cara del profesor cuando le pides diez minutos más en su examen, o la angustia de los padres del chico que se quiere tomar seis meses para pensar qué estudiar, o la cajera que pide tiempo mientras reinicia el sistema. Todo más rápido es mejor, la carrera, el matrimonio, el sueldo, el vino, el bebé, la cirugía, el día, la noche, el juicio, el sexo, la trifulca... nada hay ahora que pueda hacerse pausadamente, no hay tiempo para la pugna. Y sin embargo es bajo la tutela de la *paciencia* que germinan las grandes ideas.

La forma deshilvanada en que conectamos nuestras ideas, por culpa del tiempo convulsionado en que vivimos, nos impide tener siquiera claridad en lo que sentimos, al punto de renunciar al compromiso más importante: el que se tiene consigo mismo, el abandono voluntario a los deseos que reposan en el alma. Terminamos huyendo a corridas cuando de la penumbra interior vemos levantarse vahos

de confusión, reclamos propios, culpas, relaciones fracturadas, recuerdos punzantes. Tememos mucho a lo que nos habita, nos comportamos como forasteros, peregrinos de nosotros mismos, y las aspiraciones terminan siendo el molde de la época, de sus respuestas inmediatas, de su excesivo consumo. Presos de un sesgo retrospectivo nos comprometemos con facilidad en el trabajo, en el estudio, en la familia, pero no en el cultivo del ser. Dueños de una conciencia individual, pero no lo suficientemente lúcida para la interioridad, actuamos ansiando una “plenitud” total que no existe y hasta nos sentimos persuadidos por las palabras que suenan en las campañas políticas, en las vallas publicitarias, las tarimas y los púlpitos, cuando prometen ser la respuesta, al menos inmediata, a nuestra “imperfección”.

Tanto las infinitas manifestaciones del dios de los hindúes, como el dios trascendente de los judíos, como el Dios infinito y personal de los cristianos y tantos más estrados religiosos revelan la sed vehemente del hombre ante el terreno desértico de sus propios deseos. Ni hablar de la salida que las naciones encuentran a las crisis que viven, una “insensatez democrática” como lo nombra Héctor Abad Faciolince en su publicación del 3 de octubre de 2016 en *El Espectador*, cuando con la lupa sobre el panorama democrático mundial menciona los resultados inesperados

en la culta Gran Bretaña con el Brexit, en Alemania con el castigo a Merkel por decir cosas sensatas sobre los refugiados, en los países de la Primavera Árabe con el voto mayoritario por los fanáticos religiosos, en Estados Unidos en vísperas de la elección de Donald Trump.

Claramente, decisiones raudas, impensadas y mezquinas.

Entonces, ¿qué tan saludable puede resultar para una persona rebelarse a los parámetros de una sociedad rauda? ¿Qué garantías tiene una persona que sacrifica parte de sí en cumplimiento de sus deseos?

Hay que partir de la simple y lógica esencia de que no podemos vivir como islas, ya que de la comunión depende la supervivencia y el calor del otro garantiza el movimiento, la salud, la vida; pero la malsana competencia individual abre cada vez más la brecha entre poderosos y la periferia; somos medidos en masa en aspectos en que deberíamos ser evaluados individualmente. De ahí que la mayoría de las personas vivan en la insatisfacción y el desasosiego, en el anhelo de libertad, de que algún día florezca como una flor de loto en el fango. Así, un pueblo paciente que espera su dignidad no solo puede ser movido por el ardor de la injusticia sino por una voluntad robustecida.

Pero no se robustece la voluntad sin la fuerza de la paciencia y no hay paciencia si el anhelo que la acompaña no está inspirado en la realidad. Recordemos algunos personajes célebres de la historia aguerridos en su paciencia.

Paciencia de carne y hueso

Edison, con cada hora que pasa en el laboratorio, cada envase roto, cada elemento perdido tenía debajo una hipótesis, una relación, una comparación, una teoría. Ningún error ocurría en vano bajo sus máquinas y su escritorio.

Mendel con su agudo sentido de observación y la paciencia como savia que alimenta raíces, fraguó su personalidad ante los experimentos en aquel huerto del convento, cuando, vencido por la ternura de la naturaleza, le dejaba revelar sus secretos genéticos.

Galileo en la cárcel, luego de haber sido humillado como científico por defender su descubrimiento sobre la teoría heliocéntrica, arriesgó su vida al comunicar a sus discípulos carta a carta desde su cautiverio muchas fórmulas y descubrimientos.

Marat, por su parte, rompe con los esquemas y con su salud sacrificándose, a razón de conquistar la Revolución en Francia. Hay que verlo refugiado en las alcantarillas, rumiando su idea de igualdad e independencia, o en la bañera donde intentaba aliviar los terribles dolores que le proporcionaba la extraña enfermedad en su piel, bañera que luego convertiría en su despacho desde donde escribía para su periódico *L'Ami du Peuple*.

Paciencia en la creatividad

Creatividad: el modo de la idea, el rostro de la revolución.

En un ejemplo jocoso de la vida de Alba Edison, se cuenta cómo la tenacidad no siempre conduce al éxito, pues de hecho Edison fue descreditado muchas veces por su personalidad inquieta. No obstante, su madre supo aprovechar esa situación para alimentar aún más su curiosidad, regalándole un libro de filosofía natural, catapulta que lo envió a un horizonte científico inconmensurable. Un despliegue de velas inútil, si no fuera porque la pasión da rumbo a la paciencia. Y la creatividad es el cuerpo de esa pasión.

Descrédito

No se necesita una cosecha de aplausos para hacer la diferencia y nos acostumbramos a catalogar a las personas felices como las aprobadas por todos, las que pasan por alfombras rojas y esto nos lleva invisiblemente por la corriente de la insatisfacción, cuando cierto hay que no todas las personas que han sido parte del cambio han sido valoradas como tal en su vida. Pensar así nos puede arrancar de la espalda la carga insoportable de los superlativos: ¿quién dice que se tiene que celebrar con anuencia nuestros logros?

Es una realidad muy difícil de embestir la de valorar lo que somos sin necesidad de la aprobación colectiva. No fue así para Darwin, que, preso del embeleso, como de hecho lo era por los animales, los observaba una y otra vez, con paciencia y pasión. La consecuente convicción en sí mismo le hizo capaz de superar todos los descréditos de su época cuando expuso la teoría de la evolución de las especies; la magnitud de su obra no es comparable al brío, al tesón con que asumió la responsabilidad de la virtud.

A la sazón de estos ejemplos, juzgue cada uno si el afán garantiza el bienestar de un pueblo, cuando en las decisiones colectivas la historia toma el rumbo de las votaciones del Brexit, de Alemania, del plebiscito en Colombia, etcétera. Claro, no son pocos los hilos que manejan la multitud, a veces es simplemente el deseo de cambio de las comunidades, aunque sean saltos al vacío, y otras veces el populismo de los cleptócratas.

No podría concluir sin antes estrechar simbólicamente la mano de los que en medio del silencio siguen urdiendo una historia diferente, de los que en lo cotidiano apuntan al bien común través de una voluntad paciente, independiente y con deseos sinceros de cambio.

La voz de la virtud necesita oyentes virtuosos. ¿Qué tan dispuestos estamos a huir de la vida rauda?

Mención

¿Y dónde quedaron nuestros bellos ideales soñados?

Edwar Andrés Berrío Ramos

A lo largo de la historia, la intersección entre ideales elevados y pasiones inflamadas ha sido un terreno fértil para el análisis y la reflexión. En ese sentido se considera que los ideales más nobles a veces pueden perder su esencia en el ardor de la pasión idealista. Desde la Ilustración hasta la era posmoderna, los filósofos han examinado la naturaleza humana, la racionalidad y las tensiones inherentes entre la búsqueda de lo noble y la intensidad de la pasión. Sumergiremos nuestras mentes en las concepciones de Jean-Jacques Rousseau, Michel Foucault y también en las ideas de Immanuel Kant y las reflexiones de Søren Kierkegaard, con el fin de comprender sus perspectivas sobre este complejo tema y cómo pueden iluminar los desafíos actuales de equilibrar ideales y pasiones.

Jean-Jacques Rousseau, influyente filósofo de la Ilustración, sugirió que la pasión idealista puede perder su integridad cuando se

entremezcla con una sociedad corrupta. Sus obras, *El contrato social* y *Emilio* sostienen que el ser humano es naturalmente noble, pero que la sociedad y sus instituciones pueden socavar esta nobleza. La pasión idealista, en su forma más genuina, busca el bienestar colectivo y la justicia, pero a medida que los individuos interactúan con una sociedad que valora el poder y la acumulación, estos nobles ideales pueden deformarse. Rousseau advierte sobre la inclinación de las pasiones humanas a ser reemplazadas por intereses egoístas y cómo los ideales más nobles pueden desvanecerse cuando entran en conflicto con la dura realidad de una sociedad desigual.

Rousseau también resalta la paradoja de la civilización: mientras la sociedad avanza tecnológicamente, los seres humanos pueden alejarse de su bondad natural. La pasión fundada en ideales comunes se ve amenazada por las aspiraciones materialistas y las rivalidades competitivas que surgen en las sociedades desarrolladas. En última instancia, nos insta a considerar cómo los ideales nobles pueden preservarse en medio de una sociedad que a menudo corrompe sus propias virtudes.

En contraposición, Michel Foucault analiza cómo el poder influye en la relación entre ideales y pasiones. A través de conceptos como “biopolítica” y “microfísica del poder”, Foucault revela cómo las estructuras de poder modelan nuestras pasiones y cómo los ideales nobles pueden ser manipulados en función de agendas políticas. Sostiene que los ideales nobles pueden ser utilizados como herramienta de control y manipulación por parte de las élites y, en esta perspectiva, los ideales nobles corren el riesgo de perder su autenticidad al ser apropiados por sistemas de poder que buscan mantener el *statu quo*.

Resalta, además, cómo el poder puede modular las percepciones y definiciones de lo que se considera “noble”. Los discursos y las instituciones pueden redefinir los ideales de manera que se alineen con las agendas de quienes detentan el poder; esto puede llevar a

una erosión de los ideales genuinos a medida que son cooptados por intereses particulares. Razones por lo cual se deben desafiar las narrativas impuestas y a examinar críticamente cómo el poder puede influir en la forma en que perseguimos nuestros ideales y pasiones.

Yéndonos ahora hacia otra línea de pensamiento, Immanuel Kant nos brinda un panorama de esta discusión desde un enfoque moral y universalista, argumentando que los seres humanos poseen una racionalidad moral que los capacita para actuar de acuerdo con deberes y principios universales, independientemente de las inclinaciones pasionales. Se propone entonces que la máxima expresión de un ideal común es cuando esta se alinea con la razón práctica y moral, insistiendo en que la moralidad no debe estar sujeta a las fluctuaciones emocionales, que se debe reconocer la importancia de la pasión en la promoción de ideales nobles. Aun así, la pasión debe estar subordinada a la razón y al deber para evitar desviaciones de los ideales genuinos.

En la filosofía kantiana, la ética se basa en la noción del “imperativo categórico”, que demanda la acción en conformidad con máximas que puedan ser universalmente aplicadas sin contradicciones. Se podría a partir de ello establecer entonces que los ideales auténticos deben ser guiados por el respeto a la humanidad como un fin en sí mismo. Esto implica que, incluso en medio de la intensidad emocional, la pasión debe ceder ante la razón moral, ajustándose a los principios morales que respetan la dignidad de todas las personas y promueven la armonía social.

Desde la perspectiva de Søren Kierkegaard, filósofo existencialista danés, la pasión y los ideales nobles se enfrentan en el individuo como una lucha interna entre la subjetividad y la objetividad. Se sostendría pues que las pasiones pueden ser tan intensas que pueden alejar a la persona de sus verdaderos ideales y valores. Sin embargo, también ve la pasión como una fuerza impulsora que puede ser

canalizada hacia la autenticidad y la autoconciencia, donde se debe establecer un compromiso con la reflexión y la elección consciente en la búsqueda de los ideales más nobles. Siendo entonces necesario que los individuos se enfrenten a la incertidumbre y a las demandas de la vida y elijan comprometerse con valores que resuenan con su subjetividad más profunda.

Kierkegaard también destaca el concepto de la “angustia” como una emoción que surge cuando uno se enfrenta a elecciones trascendentales y decisiones importantes en la vida. Esta angustia puede ser el catalizador de los ideales proyectados a los demás, ya que obliga al individuo a confrontar su existencia y a comprometerse con una dirección ética y valórica, pero esto puede incitar a desviar los preceptos ya establecidos y reorientarlos de formas inadecuadas, por lo que es necesario afrontarla con valentía y autoconciencia, con el fin de presentar ideales más auténticos y comprometidos en cuanto a su causa.

En la actualidad, la interacción entre ideales nobles y pasión idealista sigue siendo un desafío relevante. Factores como la tecnología, la globalización y la complejidad de las estructuras de poder agregan niveles de complejidad a esta dinámica. Las redes sociales y la polarización política, por ejemplo, pueden distorsionar el sentido de las ideas al fomentar la conformidad y la búsqueda de validación en lugar de una búsqueda auténtica de ideales nobles.

Es fundamental reconocer que la pasión no debe ser suprimida, sino más bien entendida y canalizada en la búsqueda de ideales nobles. Los ideales nobles a menudo enfrentan la posibilidad de perder su pureza en medio de la intensidad de la pasión. Lograr un equilibrio entre ideales nobles y pasiones auténticas requiere una exploración interna profunda, una comprensión de las estructuras de poder y un compromiso constante con la búsqueda de la autenticidad y la justicia. La tensión entre ideales elevados y pasiones inflamadas es

un recordatorio constante de que la reflexión y la conciencia son esenciales para preservar la integridad de nuestras aspiraciones más nobles en un mundo que a menudo nos tienta a desviarnos de ese camino.

Reseña de los autores

Laura Sofía Loaiza García

Nací hace 23 años en Sonsón, un recóndito pueblo de Antioquia conocido por sus amplias montañas, su páramo y por ser una tierra que endulza el Oriente de nuestro departamento con su cultivo de higo y caña. Aun así, viví gran parte de mi infancia en Andes, tierra cafetera, y una parte importante de mi adolescencia en Rionegro. A la edad de 17 años ingresé a la Universidad de Antioquia donde empecé mis estudios en el programa de Medicina, y donde pude enamorarme de la neurociencia y de la práctica clínica. Sin embargo, a la edad de 19 años encontré una pasión en las humanidades y decidí ingresar al programa de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, en el cual me he sentido especialmente atraída por la historia de género y la historia de la medicina.

Actualmente, soy historiadora y médica en formación y he tenido la oportunidad de hacer parte de diferentes semilleros de investigación o grupos de interés, uno relacionado con las teorías de reconocimiento de Axel Honneth y Charles Taylor, y otros relacionados

con la neurología y las neurociencias (SINAPSIS y SIGN-UdeA). También realicé un voluntariado de dos años en el Archivo Histórico de Rionegro y hoy por hoy trabajo para el Archivo Histórico de Antioquia, donde me he encargado de la descripción documental de la sección Colonia.

Sobre mis intereses personales más allá de lo académico, puedo decir que me gusta mucho la literatura, escribir y también disfruto tocar guitarra. Además, disfruto de pasar tiempo con mi mascota y compartir con mis amigos.

Luis Miguel Robles Barbosa

“La tragedia no es no alcanzar tus objetivos, la tragedia es no tener objetivos que alcanzar”, dijo en una ocasión Benjamin Mays; y es que, en retrospectiva, quien objetivos logra, es porque objetivos tiene... Nací el 16 de septiembre de 2004 (Sincelejo, Sucre), con nombre de pila Luis Miguel Robles Barbosa, y desde que tengo uso y razón he querido ser médico. Lo establecí como un objetivo, una meta; y, en concordancia, divisé la ruta para cumplirlo. Aunque en dicha travesía fueron apareciendo óbices que amenazaban con detenerme, por fortuna, no estaba solo. Mi madre, la señora Nelva Barbosa, y mi hermanita, la señorita Nohemy Buelvas, quienes siempre han creído en mí, jamás desistieron de apoyarme; todo lo contrario, propiciaron los escenarios para que hoy día pueda estar donde estoy.

En mi paso por el colegio fui un estudiante dedicado y sobresaliente; desde temprana edad comprendí que, si quería acabar con el ciclo de “pobreza” de mi familia, la forma no más fácil, pero sí más segura, era —es, y seguirá siendo— la educación. En ese orden de ideas, culminé mis estudios bajo elogios y reconocimientos, con un historial de excelencia académica que me valió el título de Mejor Bachiller Municipal para 2021 en mi municipio de residencia, El Bagre,

Antioquia. Poco tiempo después, en función de un arduo trabajo y dedicación, una madrugada de junio, a la edad de 17 años recibí la emocionante noticia de que había sido admitido al pregrado de Medicina en una de las universidades más prestigiosas del país. En la universidad que amo; en la Universidad de Antioquia.

Ahora bien, hablando un poco sobre mi gusto por el arte de las letras, puedo decir que este nació fruto de una complicada relación amor—odio con la lectura. Lectura poética y filosófica, principalmente. Cuando pequeño era que no me gustaba, cuando grande es que en ocasiones no entiendo. Obras como *El Gran Gigante Bonachón* de Dahl, ¿Qué es la Ilustración? de Kant, los “Nocturnos” de Silva, *Bartleby, el escribiente* de Melville y *Desfibrilador* de Gilraen Eärfalas son algunas con las que he mantenido ese tipo de vínculo. Luego de leer, decidí que era hora de crear. “La Isla de la gran Zanahoria” (2012-2013) es una de las primeras creaciones (que recuerdo), con la que inicié una hilera de escritos enfocados en la introspección y el entendimiento de la identidad del hombre, siempre con un poco de fantasía. Por otro lado, “Carta de un ausente” (2022-2023) es uno de mis más recientes escritos; que, además, marcó un hito en mi estilo de escritura poética —mi favorita—.

Siendo franco, empecé a escribir medianamente decente —en muchos aspectos— a inicios de 2022, cuando conocí a quién más luego sería mi mejor amigo, el ilustrísimo Kevin Grisales Vargas¹, un joven de 18 años que domina de forma magistral la lengua que compartimos. Fue a su lado donde evidencié muchas de mis falencias a la hora de atrapar en el papel lo que deambulaba por mi mente. Esto me llevó, indirectamente, a escudriñar un poco más en las normas que rigen la escritura.

1 Estudiante de Ingeniería Civil de la Universidad Eafit de Medellín.

Posteriormente, en gran parte gracias a mi relación con Grisales, le di forma y mejora a obras, entre otras: “Merecido” (poema), “Un día raro” (cuento), “Asilo, el despojo de la vida, el abrazo del dolor” (ensayo para mis padres), “Determinantes sociales en salud: un paso más allá” (ensayo para A. P.)², “Familia Barbosa” (crónica), “Lo que pienso” (poema para A. M. M. P.; el amor de mi adolescencia), “María” (poema para a M. A. A. Y.), “¿Estás segura?” (poema para M. A. A. Y.), “Maira” (poema para a M. O. R.), “Sobre el conocimiento y su importancia” (ensayo, fruto de una charla con el eminente G. L.)³, “Ayer hice algo” (crónica), “Hipocresía” (poema), “Bien pueda, pasen” (guion corto) e “Inocente” (cuento).

Actualmente curso el segundo año de medicina y mi materia favorita a la fecha es neurociencias; no deja de sorprenderme. En mis tiempos libres, disfruto ver películas, jugar videojuegos, quizá salir a caminar y, por supuesto, leer.

Aleida Burgos Ortega

Tengo 24 años, de la ciudad de Pasto. Soy economista y estoy en quinto semestre de medicina. Me encanta aprender idiomas, estudié inglés y francés. Me gusta mucho el baloncesto y el boxeo. Soy una persona que escucha, siempre estoy atenta a lo que los demás tienen para contarme y soy alguien muy sensible. Soy sincera, un poco callada, pero estoy llena de un montón de emociones fluctuantes y por eso me gusta mucho la gente con carácter y convicciones.

2 Mediador de lectura y escritura. Centro de Formación de la Cooperación Española, Cartagena de indias.

3 Gabriel Ignacio Loaiza Ossa, Doctor en ciencias matemáticas, docente e investigador de la Universidad Eafit de Medellín.

Desde muy pequeña me gustaba escribir diarios sobre mi vida y sobre los demás personajes que iban apareciendo en ella, y con el tiempo fui dejando de hacerlo. Cada cosa que he escrito siempre ha sido solo para mí, y aunque es difícil compartirlo con otras personas, lo quiero intentar.

Con letra fea, casi rompiendo la hoja, haciendo rayones, en desorden, escupiendo lo primero que se venga a la cabeza, llena de odio, en medio del llanto, después de una gran noticia, con toda la intensidad de cualquier sentimiento o en medio de la calma de un día normal: escribir. Eso es lo que quisiera hacer.

Ingrith Milena Quintero Rincón

Nací el 16 de septiembre de 2003 en Ocaña, Norte de Santander. Vivo en Medellín y estudio en la Universidad de Antioquia, en segundo semestre de la carrera de medicina. Mi madre es Sandra Milena Rincón Ortega, una mujer muy comprometedora que siempre cuidó de sus dos hijas; y mi padre, Danuil Quintero Trujillo, un hombre muy trabajador y que junto con su esposa salieron adelante, ambos también de Ocaña.

Estudié toda la primaria y secundaria en el Colegio La Presentación, muy reconocido en mi pueblo. Siempre destacué por mi responsabilidad y rendimiento académico; además, allí mismo pertenezco a la banda por 11 años y toqué el instrumento de la lira.

Además de la medicina, un área de mucha atención para mí fueron las matemáticas, ya que se me facilita su aprendizaje, que se ve reflejado en la enseñanza que les he dado a muchos de mis compañeros.

Así mismo, quiero destacar en la carrera que ahora me atrapó y convertirme en una gran doctora, consciente de todos los retos que deberé enfrentar cada día.

Andrés Felipe Soto rojas

Soy un joven poeta de 17 años nacido en Neiva, Huila. Actualmente vivo en Medellín, donde curso el segundo semestre de Medicina en la Universidad de Antioquia.

He mostrado un gran interés por las letras. Me encanta escribir, especialmente poesía, y considero que es una de las cosas que sé hacer mejor. La musicalidad de las oraciones y el poder de las rimas me cautivan y me inspiran a crear poemas que transmiten emociones profundas.

También soy un apasionado de la música. Toco la guitarra y el ukelele, y disfruto de crear mis propias canciones. Además, practico calistenia y taekwondo, dos disciplinas que me ayudan a mantenerse en forma y a desarrollar mi fuerza física y mental.

Tengo una mente brillante y un corazón fuerte. A pesar de los desafíos que ha enfrentado en mi vida, siempre he mantenido la frente en alto.

En el futuro, espero terminar mi pregrado de medicina y especializarme en un área que me permita ayudar a los demás. Mi sueño es convertirme en un médico que pueda hacer una diferencia en el mundo.

Claudia Lorena Ramírez Franco

Nací el 28 de junio de 1996 en el municipio de Roldanillo, Valle, y soy estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.

Durante toda mi vida he sentido inquietud por las formas de pensamiento, entre ellas, la literatura: la posibilidad de irse a vivir un rato a un personaje, a un lugar, a un momento, todo eso suma a mi capacidad de soñar y a mi deseo de libertad. Me gusta decorar mi

paisaje interior con conocimientos de todo tipo y reflexiones sobre la vida. Amo estar con los amigos y proyectar mi carrera como una oportunidad de servir a su comunidad.

Edwar Andrés Berrío Ramos

He pensado desde siempre que el sentido propio de las palabras no recae en quien las dice, sino en la realidad que se expresa a partir de ellas, bien sea interna o externa, y de ahí que mi presentación sean mis cuentos y no mi persona, pues mi literatura es ella misma, la propia forma que toma, expone, inspira y transforma.

Que no tiene mucho que ver con la persona que soy, fui o seré. Por ende, prefiero representar el imaginario individual que queda tras mis obras, ya que entonces se conserva la esencia de ellas y no mi presencia; se conserva la historia pensada para otros y no la historia de quien las escribió.

Ahora bien, si no se está conforme con ello, permítaseme decir que soy tan solo alguien común y corriente, dueño de las responsabilidades que le fueron otorgadas y humano como todo aquel que puede sufrir ante el mundo.

Autores y obras participantes en el concurso

CUENTOS		
TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
1 Burbujas	Misfit	Aleida Burgos Ortega
2 Epílogo de la luna	R. Santana	Ana María Castrillón Marín
3 La última batalla	Pipe	Andrés Felipe Cuaical Portilla
4 Todo al rojo	AFG	Andrés Felipe Jiménez Gómez
5 Mi amor celestial	Aysel	Angie Jesusa Negrete Arrieta
6 Juan y José	El cronista	Carlos Alberto Estrada Gómez
7 ¿El jefe?	Carlos	Carlos Alberto Mazo García
8 “El encierro de las 7 virtudes”	Alejo	Daniel Alejandro Rojas Oñate

	TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
9	Bitácora de la séptima vida de un gato negro	Lula E.	Daniela Cortés Jiménez
10	Las marcas del silencio	Delta B. S	David Andrés Betin Sagre
11	Viernes	Nana T.	Diana María Taborda Restrepo
12	A quien menos le importa	Tulipán rosa	Edwar Andrés Berrio Ramos
13	Al caer la noche	Edy	Edy Vanesa Jiménez Álvarez
14	Patty, ay mi Patty	Nicanor	Emilio Alberto Restrepo Baena
15	El verdadero Mesías	Ema	Emmanuel Rendón Fernández
16	A veces pienso en mi madre biológica	Hada madrina	Gladis Del Socorro Ramírez Ortiz
17	Las lagunas de Remigio	Comera	Gloria Liliana Chapues Andrade
18	Al final de la aurora	Lahoz	Holman Andrés Hernández Sánchez
19	Laberinto de sombras	Mile	Ingrith Milena Quintero Rincón
20	El gran ventanal	Elisheva	Isabella López Yánez
21	Ella	I. P. M	Isabella Petro Martínez
22	Un ayer que no regresa	Goza	Jesús González Zapa
23	Hojas crujientes	Chilatra	Juan David Chilatra Vargas
24	Un momento más	Catalina	Julieth Catalina Gómez Vargas
25	Entrar al bosque	Ágora	Karla Yuliana Villamizar Camargo

	TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
26	El amor que florece	Nanita	Katy Bolanos Ortega
27	Última carta (cuento)	Aural	Laura Sofía Loaiza García
28	“Parir”	Del Carmen	Leidy Lorena Sánchez Sánchez
29	“Era...”	Eterno testigo	Luis Miguel Robles Barbosa
30	Un adiós temprano	Luciérnaga de Verano	Luisa Fernanda Arango Ocampo
31	<i>Homo Aurora Novum</i> (cuento)	Azulejo de cristal	Manuela Cardona Gómez
32	Amor de amigos	MP	Manuela Palacio Muñoz
33	Manifestando	MARIA	María Angélica Camacho Penuela
34	El jardín de los sueños	Mari	Mariana Gaviria Mazo
35	El hombre falible	MarZam	Mario Andrés Zamudio Burbano
36	Pescadores	Melivea	Melissa Franco Mosquera
37	El aullido del Kwoli	Alquimia	Natalia Estefanía Colimba Cuaical
38	Guiado hacia el autodescubrimiento	Zarza encurtida	Samuel Angulo Vergara
39	El penitente	Duh	Santiago Barrientos Rojas
40	“Like A Stone”	Santiago	Santiago Villada Ortiz
41	Entre nubes grises y olvidos inciertos	Arashi AP	Sara Acevedo Palacio
42	Nueve rosas amarillas en un jarrón sin agua	Orionida	Saralety Cristina Lucí Valencia González
43	Honor y gloria	Veritatis	Sebastián Rivera Isaza

	TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
44	Deslealtad	Sofía	Sofía Martínez Puerta
45	La intrusa	Mar	Sophia Benítez Quiroga

ENSAYO

	TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
1	La poesía del desorden y el origen del arte	Ovidio	Andrés Felipe Soto Rojas
2	La moda del rauda	María Antonia Turing	Claudia Lorena Ramírez Franco
3	¿Estar en soledad o estar sola?	Florencia rockera	Daniela Lopera Correa
4	¿Y dónde quedaron nuestros bellos ideales soñados?	Berrio	Edwar Andrés Berrio Ramos
5	Mis mascotas, mis mejores amigos	Alex	Huber Alexander Canas Durango
6	¿Cómo me escapo de mí?	Yiset Val	Jackeline Yiset Valencia Castaneda
7	El superlativo	Azulejo de cristal	Manuela Cardona Gómez
8	Más allá de la enfermedad	Melivea	Melissa Franco Mosquera
9	Un viaje a las fronteras del ser	Miguel	Miguel Díaz Palacio
10	El sentido de la vida	El Londo	Santiago Londoño Herrera
11	La transformación del ser: influencia de modelos y estereotipos en las redes sociales	Sofí T.G	Sofía Isabella Taramuel Guerrero

	TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
12	Cuando uno es adulto también siente miedo	Yiandra	Tania Jimena Vargas Sánchez
13	¿Puede haber conocimiento que sea independiente de la cultura?	Tomás	Tomás Álvarez López
14	El derecho de perder	Sol nocturno	Valentina Díaz Hernández
15	Breve historia: de la nada a la existencia, de la existencia al ser, del ser a la nada	Lyudi Zveri	William de Jesús Álzate Ríos



(57) 604 219 53 30 | imprenta@udea.edu.co



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Medicina



Concurso Literario **2023**

Cuento y ensayo